

LA SEMANA.

REVISTA LITERARIA Y DE INTERESES MATERIALES.

<p>PUBLICASE LOS JUEVES POR LA MAÑANA.</p>	<p>DIRECTOR Y PROPIETARIO D. JOAQUIN RUIZ GIMENEZ.</p>	<p>CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR, ALDANA, 2.</p>
<p>Catorce reales trimestre. Girando la administracion <i>un real y cuatro</i> de aumento respectivamente á los suscritores de la provincia ó fuera de ella, el que quedará en beneficio del encargado de la cobranza. Suscribese casa del Administrador D. Gregorio Bedmar, Carrera; imprenta del periódico, y sastrería Sres. Gimenez, Maestra-baja.</p>	<p>Los productos de la suscripcion hasta 1.º de Agosto de 1878 se destinarán á la Exposicion ó Certámen que en dicho año tendrá lugar. Se considerarán suscritores los que al recibir el periódico no lo devuelvan. De las obras que se remitan á esta Redaccion se publicarán juicio crítico y anuncios en la seccion bibliográfica.</p>	

SUMARIO.

Carta sobre las propiedades de los indios filipinos, (conclusion) por Fray Gaspar de San Agustin.—*La infraccion del décimo mandamiento*, fábula, por D. Antonio García Negrete.—*La Casa del Ahorcado*, (continuacion), por D. Francisco Aguilar y Lora.—*Apólogo*, por D. M. Enrique Martínez Ibañez.—*Rusia y Turquía*, por D. Rosendo de los Rios.—*Los Almoravides*, capítulo II, por D. J. Ruiz Jimenez.—*Mesa revuelta*, por Zinger-Umize.

CARTA

DE

FR. GASPAR DE SAN AGUSTIN,

SOBRE

LAS PROPIEDADES DE LOS INDIOS FILIPINOS.

(Conclusion.—Véase el número anterior.)

No me parece digno de dejar de tocar «*saltem per transitum*» una materia muy digna de consideracion y es, que si por nuestros pecados y los suyos quiere Dios castigar las cristiandades florecientes de estas Islas, poniéndolas en manos de indios ordenados de sacerdotes (como parece amenazar suceder ya muy pronto) si Dios no pone remedio: ¡Qué abominaciones no se seguirán! Porque decir que no sean de las costumbres y resabios dichos, es imposible, antes se empeora su soberbia con la exaltacion á tan sublime estado; su codicia con el poder le ha de saber mejor: su pereza con la falta de necesidad, y su vanidad con el aplauso que han de querer tener, queriendo ser servidos de aquellos que en otro estado respetarian y obedecerian, viniendo sobre los pueblos la maldicion de Isaias, 24. *Sient populus siet sacerdotes*. Porque el indio que se ordena no lo hace por vocacion al mas perfecto estado, sino por la comodidad grande y casi infinita que le viene con el nuevo estado que coge, cuanto va de ser P. Cura á ser bagonaos ó sacristan; de pagar tributos á que le paguen el estipendio, de ir al coro á que le sirvan á él, lo cual no milita en el Español que se hace clérigo, se quita á veces de ser Alcalde mayor, Capitan ó General, con otras muchas conveniencias en su patria,

exaltando su casa sobre toda la nacion de los indios. Considérese con la hinchazon que dará á besar su mano el que se libró de un remo ó de una hacha en el corte de maderas. ¿Qué carga será para el pueblo el padre, la madre, los hermanos y sobrinos graduados de Señores y Señoras, cuando otras mucho mejores estarán pilando arroz? Porque si el indio con poca mano es insolente é intolerable ¿que será con tanta superioridad? Y la cuña del mismo palo que es tan apretado ¿qué será impelida de tanta autoridad? ¿qué plaga de langosta se podria comparar á la destruccion que causarian en los pueblos? ¿que respeto le han de tener los indios viéndole de su color y nacion? máxime considerándose tan buenos y mejores quizá que el que llegó á ser Cura? Sobre quítame esas pajas como viendo lo que hacen los Gobernadorcillos de sus pueblos por un solo año, que lo primero que hacen y en lo que mas se deleitan es poner luego la picota frente de su casa para azotar con la penca. ¿Qué tirania les hará, de las que acostumbran hacer, teniendo alguna mano y autoridad? ¡Qué bien apretará la cuña del mismo palo sin que haya y bien pueda decir: ¿Caritá facis?

Pues si sucediere alguna sublevacion, ¡qué bien puede amenazar y disponer entrando tambien el Cura en la danza, por ser tambien é interesado en todas! Lo que habiendo en estas Islas importado mucho el respeto de los Ministros Españoles, hubiera sido al contrario si fueran indios.

En las frecuentes borracheras y convites á que son inclinados y en que fundan su vanidad y principalía, sin duda alguna habria mucha indecencia porque habria de ser mas escrupuloso el cura que no hiciera la razon; y sucederá en estas y otras ocasiones lo que pone Luciano en su Diálogo en el segundo.

Tenia un noble muchacho una gatita muy bonita, hermosa y mansita á quien estimaba tanto, que pidió á la Diosa Venus se la convirtiese en hermosa doncella para casarse con ella. Hizolo asi la Diosa; con que el mancebo dispuso luego la boda convidando á lo mejor de la Ciudad. Estando pues la novia muy adornada de joyas en medio de otras muchas damas y convidados, sucedió que apareció un raton y se fué

llegando á comer unas migajas de pan que por allí habia. La novia que lo vió sin poder contenerse hechó á correr de tras del raton por toda la sala sin que los convidados pudiesen contenerla. El novio avergonzado les dijo: Señores perdonen VV., que esta niña ha sido primero gata, y siempre tendrá las costumbres y resabios de tal.

A mi me parece que sucederá esto mismo con los indios, aunque sean de caciques ó principales, por que no es creible se desnuden de las propiedades de su natural. Yo por lo ménos lo creo por ahora, aunque bien lo puede hacer Dios Ntro. Señor pues es quien de las piedras resucita hijos de Abraham; pero no hemos de pedir milagros sin necesidad, sino que el indio sea indio y vaya á su labor como antes. Y si quieren disponerlos para el dicho ministerio del Sacerdocio, conviene primero probarlos en los oficios de Alcaldes mayores, Capitanes, Regidores y guarmachas, pues me parece que no habrá quien diga que estos oficios dichos son mayores ó de mayor gerarquia y dignidad, que el Sacerdocio, á lo ménos en donde hubiere Inquisicion, y asi se portan bien dichos empleos, ya se les podrá entregar el cuerpo y sangre de Ntro. Señor Jesucristo, y entonces se dirá con razon: *Quia in pauca fuisti fidelis etc.*, porque segun nos enseña la Iglesia por boca de los Santos Padres, es la dignidad de los sacerdotes tan grande, que no se puede hacer comparacion con ella á los Reyes y Emperadores del Mundo. Y asi dice San Ignacio Mártir, *ad siniam* c. 10. S. Ambrosio libro *de dignitate sacerdotum* cap. 2. lo dice mas claro, y de esto trae mucho el P. Molina en su libro de *sacerdotes* trat. 1. y el P. Señerieri en su *Cura instruido*.

¿Pues es imposible que siendo católicos hijos fieles de la Iglesia hemos de exaltar á tan sublime estado á quien se murmura mucho si hiciesen alferes de una compañía de regimiento de Manila, y que el hábito de S. Pedro á quien veneramos los religiosos por la mayor dignidad; y como dijo el Emperador de China al Sr. Patriarca de Antioquia, en la primera gerarquia y órden de la Iglesia, haya de ser obligado á no tener asco de semejantes sabandijas? No se en qué pueda consistir, sino que en ellos se verifique la vision que el mismo S. Pedro tuvo en Casárea, cuando bajó del cielo aquella sábana llena de sapos y culebras y le mandó una voz que comiese sin asco, como se lee en los hechos apostólicos cap. 10. Pues aunque significa la vocacion de los gentiles, no se ha de entender en la moral de la barbaridad é indignidad de algunas naciones, que la componen para constituir la gerarquia Eclesiástica. En llegando yo á discurrir sobre esta materia, no hallo fin, y solo hallo que podemos decir: *Dómine ad auge. Luc. cap. 10.*

Es cierto tambien que los sagrados cánones no

piden para los ordenandos mas que la vida honesta y ejemplar y la ciencia suficiente, pues para dispensar en los espurios ilejitimos y mestizos hay un Breve de Gregorio XIII que empieza: *Nuper additum relatum est*, dado en Roma á 25 de Enero de 1775; pero con todo esto, los tengo por irregulares, no solamente por las razones que llevo dichas y poderosas, sino tambien por que les falta el ingenio eclesiástico y sacerdotal, y la prudencia necesaria, sin la cual de casi nada sirve lo demás, como lo cantó Cotro Vacuolo con rápida elegancia en sus epigramas. *Sine aliquo ingenui clarisque parentibus ortus.*

«Esse tamen vel sit bestia magna potest.

«Ad de decus patria et claris tibi assumi propinquos.

«Esse tamen vel sit bestia magna potest.

«Sin tibi divitiæ, sit larga et munda supelex.

«Esse tamen vel sit bestia magna potest.

«Denique quid eris missi si prudencia tecum.

«Magna quidem dico semper bestia eris.

Dios N. Sr. guarde á V. los años de mi deseo.—
Manila 8 de Junio de 1725.

FR. GASPAR DE SAN AGUSTIN.

Preguntas del padre Pedro Murillo, de la Compañía de Jesus.

Preg. ¿Qué cosa es indio?

Rep. Es el ínfimo grado del animal racional.

Preg. ¿Cuales y cuantas son sus propiedades?

Rep. Veintiuna á saber:

- 1 Soberbio, sin honra.—2 Amigo, sin lealtad.—
- 3 Borracho, sin empacho.—4 Compasivo, sin perdon.—
- 5 Callado, sin secreto.—6 Sufrido, sin paciencia.—
- 7 Cobarde, sin temor.—8 Atrevido, sin resolucion.—
- 9 Obediente, sin sujecion.—10 Mortificado, sin sufrimiento.—
- 11 Vergonzoso, sin pundonor.—12 Virtuoso, sin mortificacion.—
- 13 Hábil, sin capacidad.—14 Político, sin urbanidad.—
- 15 Astuto, sin sagacidad.—16 Misericordioso, sin piedad.—
- 17 Recatado, sin vergüenza.—18 Vengativo, sin valor.—
- 19 Pobre, sin conformidad.—20 Rico, sin economía.—
- 21 Perezoso, sin negligencia.

RESÚMEN DE TODA LA CARTA.

- 1—El indio filipino es un embrion de la naturaleza y parto de la rudeza.
- 2—No siente agravio, ni agradece beneficio.
- 3—Su habitacion continúa es la cocina, y el humo que á todos nos daña les sirve á ellos del más fresco viento.
- 4—Como el indio tenga morisqueta y sal, nada se le dá, aunque lluevan rayos y centellas ó se caiga el cielo.
- 5—Es muy inclinado á la mentira, latrocinio y holgazaneria.
- 6—En el confesonario es un embolismo de contra-

dicciones, ya negando evidencias, ya certificando imposibles.

- 7—Es devoto peregrino por caminos ásperos y rios insondables.
- 8—Son impios con sus padres en sus necesidades, pero liberales con los huéspedes, aunque no los conozcan, y por eso se llevan buenos chascos.
- 9—Al mismo tiempo son humildes y soberbios; atrevidos, facinerosos y cobardes pusilánimes, compasivos y crueles: flojos, perezosos y diligentes: cuidadosos y negligentes para sus negocios.
- 10—Muy lerdos y tontos en cosas buenas; pero muy hábiles y entendidos para las picardias.
- 11—Quien más los trata, ménos los conoce.
- 12—Su mayor diversion es el juego del gallo, que estiman más que á sus mujeres é hijos.
- 13—Más creen en un brujo de los suyos, que en el Predicador Apostólico.
- 14—En ellos están los vicios como mellizos y las virtudes opuestas.
- 15—Solo en lo mentiroso no se les encuentra contrariedad, porque no se sabe cuando mienten, pues por equivocacion dicen alguna verdad.
- 16—Ningun indio se parece á otro, ni aun á sí mismo en sus propias virtudes, vicios y costumbres.
- 17—Nunca se dejan engañar si se atraviesan sus intereses.
- 18—En sus pleitos son como las moscas en la comida que nunca se apartan por mas que las oséen.
- 19—En fin no hay regla fija para construirlos, es necesaria una sintaxis para cada uno, y por ser todos anómalos, el mas hábil pierde si quiere definirlos.

LA INFRACCION DEL DÉCIMO MANDAMIENTO.

FABULA.

En la vasta estension de una pradera un huerto y un jardin juntos habia: del vallado comun sobresalia, propiedad de los dos robusta higuera.

Los tallos enfermizos del un plano brindaban poco fruto al jardinero; mientras el resto daba por entero ponderada cosecha al hortelano.

El dueño del jardin asaz mohino al notar tan injusta diferencia, aprovechando la casual ausencia pensó cambiar la parte del vecino.

Armase de azadon; cava la tierra; las raices agita de alto á abajo, y á fuerza de malicia y de trabajo hasta el hilo mas hondo desentierra.

Jira el árbol por fin. Logra su intento, y á su predio contempla envanecido con ajeno ramaje enriquecido, que el vecindario vió como un portento.

Mas llegóse el verano; y mustia... enjuta... cada rama agostada, pobre, entéca, la suplantada higuera siempre seca ni su sombra prestó, ni dió mas fruta.

*Recuerde el ambicioso,
cuando del bien ajeno receloso
por absolverlo lucha su malicia,
que siempre rompe el saco la CODICIA.*

ANTONIO G. NEGRET

LA CASA DEL AHORCADO.

TRADICION.

(Continuacion.—Véase el número anterior.)

III.

Dos dias han transcurrido desde que Elvira, arrebatada de su casa fué conducida al castillo de Gil Ibañez, y en solo dos dias, ¡qué mudanza se nota en sus facciones, descompuestas por el dolor y la desesperacion! Qué la ha sucedido? D. Rodrigo ha cesado de atormentarla, porque ha salido con sus gentes en busca de su rival. Sin embargo, la cautiva llora noche y dia, y en la expresion de sus ojos hinchados por el continuo llanto, se ve que no abriga la menor esperanza.

Acaba de ocultarse el sol: las sombras de la noche principian á estenderse por el valle, y Elvira, sentada junto á la ventana de su prision, mira sin ver el país que despliega ante sus ojos su hermosa perspectiva. En vano se ofrecen á su vista los limpios contornos de Sierra Morena, que eleva sus montes de caprichosa forma bajo el purísimo cielo de Andalucía; nada llama su atencion, absorta como está en sus penosas meditaciones.

Anímense sin embargo sus ojos, al ver un hombre que va trepando penosamente por las rocas que sirven de base al castillo. La distancia y la falta de luz la impiden conocer al atrevido que desafía la muerte en aquel espantoso precipicio; pero cuanto mas se va acercando, palpita su corazon con mas violencia.

Reconoce por fin á su amante en el momento en que llegando al pié de la reja la tira una escala con espresiva seña. Elvira la ata en silencio y acometida de un temblor convulsivo. Ni la mas leve expresion de alegría se ha dibujado en su rostro, que se ha vuelto lívido desde el momento en que ha reconocido á don Pedro. Pocos instantes despues se hallaba este á su lado.

—Elvira mia! exclamó con voz sofocada por la felicidad: por fin te encuentro.

—He corrido hasta ahora en vano por estas comarcas: dos dias y dos noches te he estado buscando sin cesar, y mi desesperacion crecia al ver que no te hallaba; pero el cielo, compadecido de nosotros, me ha guiado cerca de tí... Oh! contempla mi ventura, y conoce ahora cuánto te amo!

Escúchale Elvira sin pronunciar una palabra: su mano permanece helada entre las de D. Pedro, que se la estrecha con efusion.

Al fin conoce este aquella mudanza, y la reconviene dulcemente porque no corresponde con otros iguales á los trasportes de su alegría y su ternura: ella sin embargo permanece silenciosa y abatida, aunque cada vez mas agitada: vagas palabras se escapan de sus labios, pero no satisfacen la ansiedad del fogoso amante. Piérdese este en congeturas, y de pronto, herido por una idea que le aterra, Dios mio, exclama: se ha vuelto loca!

—Ojalá! contesta Elvira saliendo de su estupor: la locura suele ser un bien porque borra de la mente los recuerdos.

—¿Pero qué recuerdos debes tener cuando esa escala nos abre el camino de la libertad? Mucho habrás padecido, mi pobre Elvira, pero ven, voy á llevarte en mis brazos hasta donde el fiel Hernando nos aguarda; dos horas nos bastaran para llegar á La Torre, y en ella un sacerdote me dará el derecho de llamarte mia ante Dios y los hombres. No temas que alcance hasta allí el poder del miserable Chaves. ¡Ay de él si se atreve á acercarse al sitio donde vive mi Elvira!

—Escuchad, D. Pedro: nada me preguntéis; pero existe en mi corazon un secreto que lo está haciendo pedazos: secreto que á nadie revelaré... Huid solo antes que os descubran, y tenga yo que llorar un doble infortunio... Huid, D. Pedro; pero antes de acusarme porque no os sigo, sabed que os amo mas que

nunca: sabed que si no acepto vuestros juramentos, es porque el destino conjurado contra nosotros nos veda toda felicidad.

—Elvira!...

—En fin, continuó la jóven haciendo un penoso esfuerzo sobre sí misma: olvidad si podeis á la mujer que tanto os ha amado... Los sueños de ventura que algun tiempo acariciaron mi mente, se han desvanecido para siempre: los recuerdos de nuestros purísimos amores servirán solo de hoy mas para apartarme... Se han roto los lazos que nos unian: todo ha concluido entre nosotros!

Un rayo que hubiese caido á los piés del doncel, no le dejara mas aturdido; mas reponiéndose un momento despues, pregunta, suplica, importuna á Elvira para que le revele la causa de tan terrible resolucion. Todo en vano: Elvira guarda tenaz silencio, y en la expresion de sus ojos cargados de lágrimas, muestra cuanto la atormentan las palabras de su amante. Este, desesperado ya, empieza á creer que la cautiva ama á D. Rodrigo, y entonces no tiene límites su ira: en el exceso de ella la prodiga los mas odiosos epítetos; pero la mirada de Elvira le hace bajar los ojos, y arrodillado vuelve á suplicar. En fin, viendo que no puede vencer aquella resistencia:

—Oye, dice, mi última resolucion: voy á llamar para que vengan las gentes del castillo; acaso alguno sepa tu secreto, y á costa de mi vida saldré de la ansiedad que me atormenta.

Y su mano tocaba ya la puerta de comunicacion.

—¡Detente, gritó Elvira, detente!

—Una palabra no mas: niégame tu secreto otra vez y me verás en poder de mis enemigos.

—Todo lo sabrás, contestó la jóven cayendo medio desmayada en un sillón.

—Habla.

—Me arrebataron á la fuerza... Me trajeron aquí... Yo mostré á D. Rodrigo esa ventana como el único puerto capaz de salvarme de sus odiosas tentativas... El se reia de un modo extraño, y su mirada infernal me aterraba.

—Continúa, Elvira: me estoy ahogando de impaciencia.

—En fin, dijo esta cubierta de rubor y con voz que apenas se entendia: devorada por la sed, bebí un vaso de agua que estaba á mi lado... caí sin saber cómo en un sueño profundo, y D. Rodrigo... el miserable! pasó la noche en el castillo.

Mira D. Pedro con ojos espantados á la cautiva, y su mirada la interroga todavía, porque su razon se niega á comprender lo que acaba de oír.

—Huye, continúa Elvira: por el recuerdo de nuestro amor te lo suplico: dentro de un momento pueden venir... Ay! que sería de mí si te encontrasen! Huye: déjame aquí morir sola... No quiero que el mundo me vea despues del horrible suceso, que cubre de rubor mi frente... No puedo aceptar tus juramentos: ya la pobre Elvira es indigna de tí... Si, pronto la muerte me librárá del peso de la vida! ¿para qué quiero una vida que no puede ser tuya?

Hace Elvira á su amante una señal de despedida, y no pudiendo sufrir mas la fuerza de su dolor, cae sin sentido ante D. Pedro, que la contempla con la mirada fija y las puños crispados por la cólera; mas tomando de pronto una resolucion: «¡Hay un Dios en el cielo y una justicia en la tierra!» murmura con ahogado acento: yo rogaré á Dios é invocaré esa justicia.

Dice, y tomando á Elvira en sus brazos, desciende con ella por la escala.

(Concluirá.)

FRANCISCO AGUILAR Y LORA.

Á MI DISTINGUIDO AMIGO

DON TOMÁS RODA BUESO.

APÓLOGO.

Amigo, encuentra temores
el alma, y aunque dormida,
vé los humanos rencores:
que, para hablar de la vida,
ejemplos nos dan la flores.

Este proceloso mar
confunde las reflexiones

que el gozo dá ó el pesar:
engañadoras pasiones
«que me permito aclarar.»

Al pié de una sierra umbría
y en un galano vergel
perfumado de ambrosía,
brotaba hermoso clavel
que su estrella maldecía.

Por el céfiro insonóro
mecido estaba doquier
y un hermoso rosicler,
su tierno cáliz de oro
adornaba con placer.

Pensando en la situacion
que el pobre infeliz cruzaba
quiso mudar de region:
y alegó que el corazón
sin ver al sol, se abrasaba.

Hallándose el pobre así
como panal sin abejas,
de pronto alegre lo ví;
y al instante comprendí
por qué cesaron sus quejas.

Era, que en la cumbre un lirio
tambien su suerte lloraba
con lastimero d-lirio;
diciendo que era un martirio
el fuego que el sol le daba.

Aquél su atan comprendió
y despues de hablar un rato,
este al fin se decidió:
y al punto al aire se oyó
«para otorgar el contrato.»

Llega al fin con los rumores
que codiciaban los dos
para calmar sus dolores:
cambiando integras las flores
«por un milagro de Dios.»

Se despidieron de él,
y aplaudiendo su bondad
el lirio dijo al clavel:
«¡Has hecho, amigo fiel,
una obra de caridad!...»

Casi contentos vivieron
mientras duró la alegría;
mas despues, cuando se vieron,
mirarse ya no pudieron;
¡por que la vida es un día!

¡Ay!... mas tarde arrepentidos,
ódio eterno se juraron
al ver sus goces perdidos;
y entre penas y gemidos
al cabo se marchitaron.

¡Y esto nos viene á enseñar
que la dicha entra en la Muerte:
y que en este turbio mar
«nadie conforme ha de estar
con el libro de su suerte!»

Granada, 1878.

M. ENRIQUE MARTINEZ IBAÑEZ.

RUSIA Y TURQUÍA.

IV.

PEDRO EL GRANDE.

La vida del genio no acaba con la vida del hombre. Encarnado aquél en el ser privilegiado, como rica y fecunda semilla venida del cielo, apenas la tierra humana puede iniciar su desarrollo, vivificar su germen. Dios inspiró un hálito de su voluntad soberana en el alma elegida, y al destello de tan breve chispa de la divinidad infinita, brotan las glorias, las sabidurías y las magestades, y los grandes genios del mundo, recorriendo después, en el tiempo, la órbita que el dedo de la Providencia les trazará, dejan tras sí, al apagarse la existencia en que brillan, luciente estela de luz inestinguible.

En el espíritu de Pedro el Grande ardia esa llama sobrenatural y misteriosa; y á sus vívidos fulgores aparecen iluminados los actos del héroe á través del tiempo y del espacio, en un orden escepcional y maravilloso. Por eso hoy tenemos que hablar también de aquel célebre personaje, áun á riesgo de dar dimensiones desproporcionadas á nuestros escritos, estendiéndonos en este período de la historia de Rusia, cuando tenemos que desarrollar el tema propuesto; describir la de aquel imperio en unas cuantas páginas.

Al trazar á grandes rasgos la vigorosa figura de Pedro I, iluminándola con interesantes detalles de su tiempo, comprendíamos que á la vez dábamos á conocer la época sin duda mas importante en la vida de la nacion rusa, la de su constitucion moderna, y el carácter, genialidad, desarrollo, fuerzas vitales, organizacion social y administracion política de tan vasto imperio.

Por otra parte, no puede desconocerse que entre la serie encadenada de sucesos, desplegada por el tiempo que constituye la historia de todas las naciones, se distingue tan señaladamente en la de Rusia el reinado de Pedro I que la atencion estudiosa se detiene admirada considerando á cuanto alcanza el esfuerzo de un pueblo; á que legitima supremacia puede aspirar; qué cúmulo de triunfos, de poder y de grandeza puede conseguir, cuando virgen aun en sus sentimientos de religion, patriotismo y autoridad, y en toda la plenitud de sus fuerzas, es regido por un soberano de inteligencia superior y decidida.

Hasta en las mas apartadas estremidades del imperio moscovita dejó grabada la mano del Tzar Pedro I, de aquel gran reformador, uno de los hombres mas notables que jamás haya ocupado un trono, la accion creadora de su génio, demostrando que su fuerza de voluntad supo vencer á la naturaleza y someterla al arte, y dejando así huellas visibles de su mando en todo cuanto hay de grandioso en Rusia.

Mientras de los légamos de la Finlandia hace surgir la soberbia ciudad de San Petersburgo, construye el anchuroso puerto de Arkangel en las desoladas costas del mar Blanco, y cruzando las estepas interminables del Volga, visita en persona la ciudad de Astracan en las orillas del Caspio. «Toma, le dice la esposa de un rico comerciante de aquella ciudad, presentándole una bandeja llena de monedas de oro acuñadas, y otra de rica pedrería: para tanto como haces mas necesitas que yo.» Al mismo tiempo el Tzar escribía á su ministro Mentehicoff: «En una fábrica de esta ciudad me he comprado paño para un traje de fiesta.» Vese aquí con estos sencillos rasgos patentizados y elogiados á la vez los adelantos de las industrias que Pedro I habia establecido en la poblacion que visitaba; el amor del pueblo al soberano, y el conocimiento y confianza del mismo en el empleo que se daba á sus capitales. ¡Qué gran enseñanza para los príncipes!

Son dignas de leerse las relaciones que hacen los historiadores de Rusia de las numerosas instituciones y fundaciones llevadas á cabo en la época de Pedro el Grande, y maravillan las descripciones de los edificios levantados en San Petersburgo en aquél tiempo.

Para defender la desembocadura del Neva, y construidas sobre las mismas olas, se levantan amenazadoras fortalezas, cuyas torres se elevan hasta las nubes. Por todos lados líneas interminables de palacios; aqui el inmenso paralelogramo de la plaza del Senado y del Santo Sínodo; mas allá, y envueltos en frondosas arboledas de tilos, los edificios del Almirantazgo, cuyo chapitel principal sostiene un navío de oro, regalo de la opulenta ciudad de Hamburgo; á la derecha la hermosa iglesia de San Isaac, con su cúpula gigantesca, sus faroles de oro, y sus columnas de pórfido, y de bronce; mas adelante la Bolsa, con sus pórticos dóricos, y sus columnas rostrales; á su lado un bosque de mástiles, con mil banderas que desplagan al aire las armas y colores de todas las

naciones del mundo; por todas partes una multitud de construcciones de la mas variada arquitectura: allí se encuentra el kiosco turco, la ojiva gótica, el frontis griego, los terrados italianos escondiéndose deliciosamente en las verdes y umbrias arboledas de pinos, y abetos del norte. Las flores de todos los climas parece que se han dado cita para concurrir al mágico embellecimiento de las islas que forman la ciudad. Templos de arquitectura imponente y severa; teatros de forma antigua y correcta, y en último término el suntuoso palacio de los Tzares, edificado también en tiempo de Pedro el Grande, y situado en una posicion admirable. Los jardines que rodean tan magnífico edificio se estienden hasta el golfo, cuyas aguas limita un sólido y estenso muelle de granito, coronado por elegante balaustrada de bronce: un canal embaldosado de piedra pone en comunicacion el palacio con el mar; y desde sus elegantes ventanas se divisa perfectamente la sombría fortaleza de Cronstad, y la escuadra formada en semicírculo en su ancha bahía.

La arquitectura de este palacio indica la época de su construccion; las molduras son del género antiguo y un tanto recargadas; pero de gran riqueza. Por otra parte este soberbio edificio ha sido hermozeado por todos los soberanos que se han sucedido en Rusia desde Pedro el Grande, dejando cada uno un recuerdo del gusto y de las artes de su época, lo que le imprime un sello de originalidad y de gran magnificencia. Pues bien, apartada de esta aristocrática é imperial morada, los naturales del país señalan al admirado viajero una modesta cabaña de madera, situada en una colina próxima, y envuelta en la sombra de corpulentos tilos: un escudo de armas con un orbe de oro en su campo, distingue únicamente aquél humilde albergue, y recuerda el retiro favorito de Pedro el Grande.

¡El mismo soberano que habia concebido y creado tanta suntuosidad y tanta grandeza para su nacion, se encerraba después en un modesto asilo! Allí conversaba con hombres de estado, con sabios extranjeros, con literatos y artistas; allí dictaba sus decretos ó ukases, observando siempre en ellos como fundamento aquél principio: «Los premios y los castigos no deben tener nunca por base la posicion que ocupa el individuo que se hace acreedor á ellos.»¹ Los rusos conservan cuidadosamente aquella cabaña, desde la cual parece aun, que el espíritu del grande hombre sigue rigiendo los destinos de la Rusia. En efecto, allí trazó el célebre programa político llamado su testamento, cuyas prescripciones, en parte realizadas, y observadas fielmente por los Tzares que se han sucedido desde el siglo pasado hasta nuestros días, han guiado y conducido las huestes moscovitas que se encuentran hoy á las puertas de Constantinopla.

Algunos historiadores consideran apócrifo dicho testamento; pero los mas autorizados de aquella nacion no niegan su autenticidad; y nosotros, por la gran importancia que envuelve, y para terminar las noticias de Pedro el Grande, trascribimos sus principales cláusulas.²

«En el nombre de la Santísima é indivisible Trinidad, nos, Pedro, emperador y autócrata de todas las Rusias, á todos nuestros descendientes y sucesores en el trono y gobierno de la nacion.

El gran Dios que nos dió la vida y la corona; que constantemente nos iluminó con sus luces y nos sostuvo con su apoyo divino, nos permite, segun nuestro juicio, el cual creemos emanado de la Providencia, mirar al pueblo ruso como llamado en el porvenir al dominio general de la Europa.»

«Fundo este pensamiento en que las naciones Europeas han llegado en su mayor parte á un estado de vejez próximo á la caducidad, hácia la cual avanzan con pasos agigantados; de donde se deduce que facil é indudablemente serán conquistadas por otro pueblo joven y nuevo, cuando éste adquiera fuerzas y completo desarrollo.

Considero está invasion futura de los países del Occidente por el Norte, como un movimiento periódico, dispuesto por la Providencia, la cual regeneró también el pueblo romano con la invasion de los bárbaros. Deben compararse semejantes emigraciones de los hombres polares á las inundaciones del Nilo, cuyo rio, en determinadas épocas fertiliza con su limo las pobres tierras del Egipto.»

«Encontré á la Rusia arroyo; la dejo río; mis sucesores ha-

¹ Palabras de Pedro el Grande en el proceso de su hijo Alexis.

² Del libro que recientemente han publicado los Sres. Cotarelo y Tournelle.

rán de ella un *gran mar* que fertilice la Europa empobrecida; sus aguas se desbordarán apesar de todos los diques que construyan manos débiles.

Hé ahí por qué indico á mis sucesores el programa que deben seguir, recomendándoles atencion y observacion constante, de igual modo que Moisés recomendó las tablas de la ley al pueblo hebreo.»

I. Mantener la nacion rusa en guerra continua, para que el soldado sea valiente y animoso; que no descansa sino para cuidar la hacienda, perfeccionar las armas y buscar el momento oportuno del ataque. Sirva la paz para la guerra, y la guerra para la paz, en bien del engrandecimiento y prosperidad creciente de la Rusia.

II. Llamar por todos los medios posibles y de todos los paises europeos capitanes durante la guerra, sabios durante la paz, para que la Rusia obtenga ventajas de los demás pueblos, sin perder las suyas propias.

III. Tomar siempre parte en las negociaciones y contiendas de Europa, y, sobre todo, en las de Alemania; la cual por su proximidad, nos interesa mas directamente.

IV. Dividir la Polonia, manteniendo en ella el desorden y las continuas envidias; ganar á peso de oro á los magnates; influir en sus asambleas; corromperlas á fin de intervenir en la eleccion de sus reyes; hacer de éstos sus partidarios. Procurar que las tropas rusas no entren en el país hasta el momento oportuno de apoderarse del territorio. Si las potencias limitrofes ponen dificultades, apaciguarlas por el pronto, cediéndolas parte de lo conquistado, hasta que luego se recobre lo repartido.

V. Apoderarse de cuanto se pueda en Suecia, teniendo la habilidad de que ella ataque para encontrar el pretexto de dominarla. A este fin procede aislarla de Dinamarca, y sostener las rivalidades de ambas.

VI. Verificar siempre los casamientos con princesas alemanas, para multiplicar las alianzas de familia; crear idénticos intereses y unir la política de la Alemania á nuestra causa.

VII. Buscar preferentemente la alianza de Inglaterra para el comercio, toda vez que es la que mas nos necesita por su marina, y acaso sea útil este medio en el desarrollo de la nuestra. Cambiemos nuestras maderas y otros efectos por su oro, estableciendo entre sus comerciantes y marineros continuas relaciones con los nuestros, pues así aprenderán éstos la navegacion y el negocio.

VIII. Estender los dominios sin medida hácia el Norte y á lo largo del mar Báltico y por el Sur á lo largo del Negro.

IX. Aproximarse todo lo posible á Constantinopla y á las Indias; quien reine en esos puntos será el verdadero soberano del mundo.

En su consecuencia, mover guerras continuas con los turcos y persas; establecer arsenales en el mar Negro; apoderarse poco á poco de este mar y del Báltico, lo que encierra un doble punto de vista necesario al éxito de la idea; precipitar la decadencia de la Persia, y penetrar hasta el golfo pérsico; restablecer si es posible en Siria el antiguo comercio de Levante y avanzar hasta las Indias, que son el depósito del mundo.

Una vez allí nos podremos pasar sin el oro de Inglaterra.

X. Interesar á la casa de Austria en que se arroje de Europa al turco neutralizando sus ambiciones, si se toma á Constantinopla, ya promoviendo una guerra con los antiguos estados del continente, ó bien cediéndola una parte de la conquista que se recobrará luego.

XI. Procurar la reunion de todos los griegos cismáticos, esparcidos en Hungría y parte meridional de la Polonia; hacerse el centro comun, su apoyo, y establecer desde luego el predominio universal, merced á una especie de reino ó supremacia sacerdotal. Se crearán así los amigos que tendrán en su casa los enemigos.

XII. Suecia desmembrada, Persia vencida, Polonia subyugada, Turquía conquistada, nuestros ejércitos reunidos y guardados el mar Negro y el mar Báltico por nuestros barcos, es necesario proponer aislada y secretamente á las dos naciones mas poderosas el reparto del imperio universal. Si una de ellas acepta, lo que indudablemente sucederá al halagar su ambicion y su amor propio, servirse de ella para destruir á la otra; luego concluir con la que quede, empeñando una guerra de éxito seguro; pues ya Rusia poseerá todo el Oriente y una gran parte de la Europa.

XIII. Si, lo que no es probable, rechazasen ambas la proposicion de la Rusia, entonces corresponde saber indisponerlas y debilitarlas. Acto seguido, aprovechando un momento oportuno, la Rusia, cuyas tropas estarán reunidas de antemano, caerán sobre

la Alemania, al propio tiempo que dos escuadras considerables, procedente la una del mar de Azof y la otra del puerto de Arkangel, escoltadas por los ejércitos del mar Negro y del Báltico, y conduciendo hordas asiáticas, inundarán las naciones del centro; una vez vencidos estos paises, el resto de la Europa puede conquistarse fácilmente y sin peligro.»

Vamos á terminar; y para reasumir cuanto hemos dicho de Pedro el Grande y de su reinado, creémos mejor dejar hablar al emperador, copiando la proclama que dió al ejército y al pueblo, despues de uno de sus últimos y mas brillantes triunfos.

Corria el año 1715, y Pedro I habia alcanzado para la Rusia una importancia militar de todos reconocida; sin embargo los suecos conservaban todavia una gran superioridad en el mar. Pedro conoce que es mas fácil improvisar un ejército, que crear una escuadra, y decide apoderarse de la de Suecia, haciendo perder á esta nacion su última ventaja. Todas las fuerzas navales de Suecia se hallaban ancladas en la bahia de Angut: el Tzar reúne los buques que puede muy inferiores ciertamente en número y en calidad á los contrarios, se dirige rápidamente á Angut, y ataca á los suecos, logrando con aquel golpe tan hábil como atrevido, apresarse toda su escuadra.

Volvia el Tzar á San Petersburgo con sus naves victoriosas seguidas de las apresadas, cuando una horrorosa tempestad estuvo á pique de sepultar en el abismo su triunfo y su gloria, mas el héroe que habia sabido vencer á sus enemigos, vencerá tambien los elementos. Pedro se arroja en una lancha en medio de aquel caos de tinieblas y olas. «Perecereis seguramente» le gritan sus mas experimentados marineros. El Tzar, contesta, «¿no puede ahogarse: un soberano ruso no puede perecer en el agua!»¹

Al amanecer se presenta en frente de San Petersburgo con las escuadras formadas; desembarca, y en medio de sus bravos marinos y generales se dirige al Senado, á la puerta de cuyo palacio dice á la numerosa y admirada multitud que le seguia:

«Hermanos míos, ¿quién de vosotros, hace treinta años, hubiera pensado que construiria conmigo un dia navios en el Báltico; que levantariamos una ciudad en esta comarca conquistada por nuestros trabajos y nuestro valor; y que de la sangre Rusa nacerian tantos guerreros y diestros navegantes? ¿Habriais, acaso, previsto vosotros que tantos hombres instruidos, obreros industriosos, artesanos distinguidos, vendrian de diferentes partes de Europa á hacer florecer las artes en nuestra patria; que impondriamos tanto respeto á las potencias extranjeras; que nos estaba, en fin, reservada tanta gloria? Vemos en la historia que la Grecia fué en otro tiempo el asilo de todas las ciencias, y que arrojadas de aquellas hermosas comarcas por las revoluciones de los tiempos, se han esparcido en la Italia, y de allí á todos los paises de Europa. Por la incuria de nuestros antepasados, se detuvieron en Polonia, no pudiendo llegar hasta nosotros. Mas los alemanes y los polacos han estado sumerjidos en aquellas mismas tinieblas de ignorancia en que nosotros hemos estado hasta estos últimos tiempos. La solicitud y los desvelos de sus respectivos soberanos les han hecho abrir los ojos; han heredado de la Grecia sus ciencias, su policia y sus artes. En fin, ha llegado nuestra vez: si vosotros me ayudais en mi empresa; si unis el trabajo á la obediencia, las transmigraciones de los conocimientos humanos pueden compararse á la circulacion de la sangre; yo espero que abandonarán un dia la Alemania, la Francia y la Inglaterra, y se detendrán algun tiempo entre nosotros para devolver á la Grecia su antigua patria.

Un historiador de Rusia, Mr. Chopin, describe de esta manera los últimos momentos de Pedro I.

«Durante diez dias agotáronse los restos de su vigor contra los progresos del mal. A veces el exceso de sus dolores le arrancaba gritos; á veces, como indignado de su debilidad y de la dependencia en que el cuerpo retiene al alma: «¡Bien se vé en mí, decia, que el hombre no es mas que un cuitado animal!» Mas bien pronto rechaza aquella idea de materialismo, contra la cual habia sido su vida entera una magnífica protesta; harto ya de las glorias y sufrimientos de la tierra, se vuelve hácia el cielo, recibe los socorros de la religion; y para que la obra de su salvacion no sea esteril respecto á sus súbditos, ordena que se paguen todas sus deudas y que se abran las cárceles. «Me atrevo á esperar, decia, que Dios echará sobre mí una mirada de clemencia por todo el bien que he hecho á mi país.»

Despues de arreglar él mismo el ceremonial que debia de observarse en sus funerales, llegó el postrer momento de la vida de

¹ Palabras de Pedro el Grande al almirante Apraxin.

aquel soberano, de cuya poderosa inteligencia é ilustracion adelantada á su época, como de la elevacion y nobleza de sus sentimientos nadie puede dudar, si bien su altiva y despótica voluntad no reconoció superioridad de ninguna especie.

R. DE LOS RIOS Y MORENO.

LOS ALMORAVIDES.

ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL SIGLO XI.

(Continuacion.—Véase el número anterior.)

1001=1085.

II.

En la mision que la providencia señala á cada raza, á cada pueblo, á cada nacionalidad los sectarios del profeta habian desempeñado su papel. El poder árabe que á la manera de un rio desbordado inundó la España gótica en el siglo octavo, al comenzar el undécimo tocaba á su fin. El brillante genio de Almanzor habia hecho por un instante revivir las esperanzas de nuestros enemigos en patria y fé; mas ese mismo genio hubo de ser la ruina de su causa. ¡Que tal es la ley de la historia! Cuando las razas degeneran, cuando los pueblos se envilecen, cuando los imperios se desprestigian, el genio brillante de un hijo, que pone su nivel sobre el de los demas, acelera la perdicion de lo mismo á cuyo engrandecimiento contribuye. Su talento, su valor, su virtud, su mérito, hácese irremplazables; y detrás de los poderes puramente personales, no quedan mas que ruinas cuando desaparece el que los sostuvo. Sucede lo que á la máquina cuyo artificio oculta cuidadosamente el inventor; muerto este, la máquina deja de funcionar y los resultados beneficiosos que de ella se esperaban faltan para siempre. Resta solo una masa informe; nada vale, ni para nada sirve.

Muere Almanzor, el amante afortunado de aquella sultana *Aurora*,¹ cuya belleza no pintará jamás con fortuna el arte poético, en el año 1001; y la dinastía de los Omniadas, que asombró al mundo por la magnitud de su poderio, vino á tierra hecha pedazos. Almanzor, el genio extraordinario, estrella de fatal augurio que luciera para mal de los cristianos: el hábil político que absorbiera todo el poder del Califato de Córdoba para emplearlo en beneficio de su invasora raza; el victorioso general que en veinte y cinco años ganara cincuenta batallas, pareciendo como que ya no habria salvacion para la causa de la libertad y del progreso, ha dejado de existir y reposa entre el polvo que el mismo preparó para su féretro.² En una sola campaña la España cristiana rompe la pesada cadena que empezaba á arrastrar; en una sola batalla se vengan los desastres de un siglo, las victorias de veinte y cinco años. Así es la fortuna; de un golpe encumbra y en un instante todo lo trasforma y cambia.

A la manera del hueco proyectil que al llegar á la tierra se abre en miles de cascos, el imperio de Córdoba, al empezar el siglo undécimo se rompe, se subdivide, se fracciona hasta lo infinito.

La corona de Hixem II, envidiada, sin duda, por ser la misma que ciñeran la noble familia, la opulenta raza de los Abderramanes, conviértese en blanco de la ambicion desmedida, de los que á la sombra del trono, cuando fuerte, viven como aduladores sumisos y cuando débil, como altivos ú omnipotentes señores. Meruanos y almeries, slavos y africanos de pura raza disputan entre sí con rudo empeño. Las calles de Córdoba presencian horrible carniceria, entre Abderraman, hijo de Almanzor y Mohamad, primo del rey. El cadalso se levanta al fin para el primero; y la cabeza del hijo del hombre que tantos dias de gloria proporcionó á su patria, rueda ante la muchedumbre estúpida, que rie con sarcástico gozo.

En aquella sangre se evapora toda la gloria del Califato. En aquella risa se pierde la unidad nacional. En aquel cadalso se han desconocido los laureles de un siglo de prosperidad, las glorias de veinte y cinco años de un hijo predilecto de la fortuna.

¹ La sultana viuda de Al-Hakem II, de nombre Sobeiha (Aurora) se enamoró de Almanzor con quien contrajo matrimonio. Almanzor descendía de Abdelmelic uno de los compañeros de Tariff; fué su padre Abdalá Ben-Yesid; alfaki célebre muy respetado de Abderraman III por su instruccion y por haber hecho la peregrinacion á la Meca. *Lafuente Alcántara, Historia de Granada.*

² Segun las crónicas de la época, Almanzor guardaba en una caja el polvo de sus vestidos siempre que salía de una batalla.

¡Que es el favor de los muchedumbres, que es la gratitud de los pueblos tan fácil á la mudanza, que en un solo dia se amontonan los aplausos y los vituperios, y en un solo dia tambien desde la cúspide del poder y de la gloria, puede irse al cadalso entre los vítores al verdugo, las aclamaciones al vencedor y los insultos al vencido!

Hixem es conducido á una mazmorra en el secreto de la noche. Al dia siguiente la España musulmana sabe que el califa ha muerto. Un pobre cristiano, bárbaramente ahogado, es conducido á la sepultura en hombros de esclavos y con esplendente pompa.¹ La aciaga suerte, al dotarle de facciones parecidas á las de Hixem, le prepara un lecho eterno entre reyes.

Está ya satisfecho el asesino del hijo de Almanzor, el desapiadado carcelero de su primo Hixem. Mohamad se sienta en el trono de Córdoba. Mas no madurará su triunfo. El crimen trae la espioncion obligada; como el cometa su brillante rastro.

Una noche cruzan negras sombras las calles de Córdoba. Son los zanetes, los zanhegas, los mazamudes, que envueltos en anchos albornoces acuden á impedir su destierro, destruyendo al que llaman sin rebozo «musulman pérfido y asesino del rey legítimo.» Los aceros brillan confundidamente; las voces de «muera, muera Mohamad» rompen el silencio de la noche, y en las calles se derrama la sangre de la guardia berberisca y de la guardia andaluza. Esta vence á aquella; y cuando el desaliento cunde y la fuga se inicia, una cabeza ensangrentada cae de las altas almenas al profundo foso. Es la de Soliman el jefe de los conjurados, que separada de su tronco les anuncia que su causa se ha perdido por entonces. Un grito de desesperacion y horror; de dolor y rabia atruena el espacio. Poco despues, los vencedores ayudados por los cristianos, cruzan la Mancha, entran por Jaen, y en Baeza,² junto á Jabalquinto, son vencedores. Veinte mil cordobeses tendidos sobre el campo de batalla vengan la muerte de Soliman y las risas de sus verdugos.

¿Qué sucede en Córdoba, que el pueblo en tropel y desórden recorre las calles, la palidez en el rostro, y la emocion en el pecho? ¿Por qué tanto sobresalto? ¿Se acerca Mohamad con nuevos refuerzos de catalanes y obispos dispuestos á la lucha? ¿Ha surgido entre las masas algun nuevo genio que prepara dias de gloria al califato agonizante, librando batallas y obteniendo victorias por cada una? Nada de eso. Es que el rey Hixem ha resucitado: es que aquel rey, á cuyos funerales asistió el pueblo ha sido presentado vivo en la mezquita.

¡Ah de su carcelero! El pueblo de nuevo dá su trono á Hixem y una cabeza rueda por las almenas de la fortaleza entre las risas de los soldados y las maldiciones de la muchedumbre.

No hay imperio: no es posible el imperio. La España musulmana destroza su pecho; Málaga, Granada, Almería, Jaen, son ramas que el huracan desgaja del tronco. Ya son tantos los reyes como los walies; tantos los reinos cuantas las ciudades.

La revolucion todo lo absorbe. La opulencia, el lujo, el esplendor, todo aquel fausto de la antigua corte de los Omniadas, todo aquel brillante resplendor de la corte de Zahára, representante de una civilizacion, de un progreso que tenia mucho de ficticio, pero bastante tambien de real y efectivo, halla el reemplazo en la barbarie mas refinada, en la estúpida fiera, en la perfidia, el robo, la violacion y el atropello.

La raza árabe, aquella raza generosa, ardiente, activa, ha sido substituida por otra bárbara, ignorante, feroz.

Los moros han vencido; los árabes desaparecen con la biblioteca de Merwan y con el ilustre séquito de poetas, literatos, historiográficos y filósofos que formaban el principal ornamento de los Abderramanes.

¿Qué pueden hacer el genio, ni los talentos de Ali-Ben-Hamud?

Cuando obrero desinteresado trata de reconstruir, sorda conspiracion se prepara en Arjona, Baeza y Jaen; conjuracion terrible que si por un instante fracasó, al fin obtuvo su objeto, muriendo Ali ahogado en su propio baño, cuando se disponia á combatir con recio empuje la última de aquellas ciudades.

¿Qué podrá conseguir ni alcanzar la fiera de Jahie, aquel foso africano que seguido de numerosa cohorte de negros, de carácter tan áspero como las malezas de Sierra Leona de donde venian, de corazon tan duro como el corte de sus largas cimitarras, de rostro tan horrible como de descomunales cuerpos, ha jurado vengar la muerte de su padre y restablecer el imperio árabe en España?

¹ *Historia árabe*, cap. 33. D. Rodrigo de Toledo.

² Fué la batalla de Jabalquinto, infausta para los Cordobeses. Mas de 20.000 moros perecieron al filo de los alfanjes berberiscos y al bote de las lanzas castellanas. Esta batalla se llamó por los cristianos de *Canticha*, de *Jebel-Cantos* y de *Gebel Quintos*.

Nada; que no hay poder alguno en el mundo que pueda resistir á la corrosiva caries de la discordia.

Y vendrán los Almotadís, con las gentes de Jaen y Segura de la Sierra, focos perennes de terribles conspiraciones; los Mohamad con su vida de licencia, los Aben-Habuz y Aben-Habed con sus encarnizadas luchas, los Edrix victimas de sus propios confidentes, los Najas, asesinos y adúlteros; y del califato de Córdoba no quedarán mas que restos ensangrentados, ruinas informes, escombros sirviendo de envoltura á las numerosas víctimas de que ha tapiado el suelo la eterna guerra civil.

¡Y la España Cristiana no se aprovecha de estas divisiones para ganar en un día el territorio perdido; la patria conquistada algunos siglos antes!

Esque á la muerte de Almanzor los estados cristianos de nuevo se desunen. Y no solo se desunen sino que en las luchas entre Soliman y Mohamad toman empeño por este y los obispos sueltan sus báculos y los ministros subalternos sus turibulos y breviarios para empuñar el lanzon y esgrimir la espada, y brillantes huestes de caballeros y soldados forman en las filas musulmicas, derramando su sangre y perdiendo sus vidas, como si se tratara de la causa de la independencia ó del triunfo de la cruz.

Luchá Navarra con Leon, y Leon con Navarra y Castilla. Se lancean en el campo de batalla reyes hermanos; se arrebatan los tronos y se niegan derechos legítimos ó se rasgan con la punta de la espada disposiciones testamentarias de indudable fuerza. Guerrear nobles y vasallos; prelados y nobles; ciudades, feudos, concejos, parcialidades. Se calumnian, se maltratan; y ni hermanos, ni esposos; ni padres, ni hijos, se respetan.

¿Qué espíritu de discordia ha soplado sobre esa hermosa tierra donde se libran los destinos de la civilizacion y de la Humanidad? ¿Qué maldito genio arrastra su tea incendiaria de uno á otro extremo de España, llevando la division y la anarquia á musulmanes y cristianos? ¿Qué fatídica influencia es esa que siembra tempestades en el seno de razas idénticas, de pueblos hermanos, de religion iguales, de pueblos unidos en la misma fé, alentados de las mismas tendencias é imbuidos en los mismos fines?

¿O es que así como el poder árabe, cumplida su mision, camina á su ruina, tambien el pueblo ibero, el imperio cristiano lleno el objetivo que la providencia le marcó, prepara el sepulcro donde la historia escribe el epitafio á las naciones que fueron, á los pueblos que dejaron de existir, á las razas que se hundieron para siempre despues de haber sido instrumentos dóciles á la voz divina, que todo lo dirige á un fin determinado, á una meta segura y cierta?

No y mil veces no! Es que se cumple la ley de la Historia. La civilizacion va formándose poco á poco; por superposicion como las rocas. Aprovecha de cada edad los materiales útiles; recoge los restos que la sirven de cada época; y si en los tiempos en que las artes florecen, las letras se muestran en todo su esplendor, las ciencias toman fabuloso vuelo, la paz reina, la civilizacion vive como en su elemento, en aquellos períodos en que la razon se halla á merced de la fuerza, la justicia escarneada, el derecho tributario de las pasiones, hace reparador descanso que dedica á recoger cuidadosamente los materiales para la nueva edad que ha de venir. El progreso humano entonces, reduciendo sus fuerzas, deteniendo su impetuoso paso, siendo mudo espectador de aquella generacion que se envuelve entre ruinas, prepara un próximo reinado, un imperio de vigorosa fuerza y deslumbrante poder.

Por otra parte; ¿habia de caber la misma suerte á dos pueblos tan distintos, á dos razas cuyas inclinaciones, cuya fé, cuyos hábitos, gustos y leyes, aparecian tan antitéticos? ¿Aun agitados por el mismo vicio de la discordia, ambos pueblos habian de sufrir igual destino? ¿Debia otra tercer raza de presentarse en la contienda esgrimiendo la espada del exterminador?

Representaban los cristianos el progreso moderno; la independencia del hombre, su libertad civil. Luchaban con los moros por la patria y por la religion; luchaban entre sí por sus franquicias y derechos individuales; luchaban como estados independientes por la unidad nacional. Por lo primero llevaban obtenidas las ventajas de tres siglos; por lo segundo las libertades comunales; por lo tercero, las fusiones sucesivas de Leon, Castilla y Navarra.

Representaban en cambio los árabes la omnipotencia del estado, el estado que era el jefe de los ejércitos, el pontífice á la vez de los creyentes. El árabe significaba nada: el monarca, su señor lo era todo. Su espada era para ellos el único emblema é instrumento de la fé, de la independencia y del patriotismo: los

ejércitos, no los sacerdotes, los que convertian; y el afilado acero la verdadera llave del paraíso.

Y cuando tan diferentes se ostentaban unas y otras tendencias, no era difícil adivinar de parte de quien estaria la providencia; quien resultaria vencedor en la lucha; quien vencido.

¿Lo comprendieron así los árabes?

El tiempo lo dirá.

Habia llegado el año 1085. Trece hacia que el sexto de los Alfonsos ocupaba los tronos de Leon, Castilla y Galicia; el primero por el llamamiento de sus súbditos, el segundo merced á un solemne juramento exigido y prestado tres veces consecutivas ante la orgullosa nobleza que comandaba el famoso Cid; y el tercero, mediante una usurpacion que Alfonso consideró legítima cuando él la realizaba, y criminal y atentatoria á lo dispuesto por su padre, cuando era su hermano don Sancho el que con la punta de la espada arrebatava la corona á otro hermano; al infante don Garcia.

Alfonso VI emprendió con creciente celo la obra de sus mayores. En los primeros dias de su reinado, como pocos fecundo en grandes acontecimientos, planteó una hábil política; la de dividir para vencer; la de sembrar vientos en el enemigo campo para recoger tempestades en provecho de la causa de la independencia nacional.

Vésele así tomar parte activa en las luchas de los reyes moros, y auxiliando al rey de Toledo, atravesar Sierra-Morena, apoderarse de Ubeda y acudir ante los muros de Sevilla, que una vez tomada, sufrió las terribles consecuencias de un completísimo saqueo.

Era el 25 de Mayo de 1085, cuando el estandarte de Castilla apareció sobre los muros de Toledo. Fué este, segun la expresion de los historiadores «el mas glorioso suceso que habia presenciado la España desde el levantamiento y triunfo de Pelayo y el mas importante que en cerca de cuatro siglos habia acaecido; que ondeando el estandarte de la fé sobre los muros de la antigua corte de los godos y resplandeciendo la cruz en la insigne basilica de los Ildefonsos y de los Julianes; recobrado el baluarte central de España, disuelto el califato y desconcertados y divididos entre sí los musulmanes» la obra de la reconquista parecia que ya no habia de demorarse largo tiempo, dándose por terminada una lucha gigantesca.

Mas no era ese el destino de la noble España. Otros sucesos, otros hechos, otros pueblos, otras razas, la llevarán aun de combate en combate, y la sangre de sus hijos correrá abundante, y los sacrificios se multiplicarán como se multiplican las olas cuando el huracan pasea lleno de ira sobre la superficie del dilatado mar.

(Continuará.)

J. RUIZ GIMENEZ.

Marzo.—1878.

MESA REVUELTA.

¡Válganos el cielo, lo que nos han hecho decir los cajistas mientras arreglábamos nuestras cuentas con la salud, no muy á la paz de Dios que digamos!

En la poesia El DESGRACIADO, del Sr. Pineda, publicada en el anterior número, deben leer nuestros abonados: *¿Podrá su triste pecho probar martirizado?* en vez de *¿Podrá probar triste su pecho, martirizado?* y, *Mas, ¿qué al misero importa del cielo la hermosura?* en vez de *«Mas, ¿qué importa al misero del cielo la hermosura?»* Son equivocaciones que afortunadamente se repiten poco, pero que aun siendo perfectamente disculpables, exigen la oportuna correccion.

* *

En el próximo número comenzaremos la insercion de una novela de una jóven escritora, hija de Jaen, y la de una tradicion en verso del Sr. Alcalá y Menezo.

Tambien en breve publicaremos una serie de artículos titulados *Semblanzas y Biografías* que el Director de LA SEMANA redacta dedicados á los escritores contemporáneos que en esta provincia se distinguen mas por sus trabajos y mérito.

El consejo de redaccion se reunirá en esta semana para examinar las composiciones poéticas recibidas y determinar si deben ó no ser publicadas.

* *

El espacio no nos permite otra cosa que... «punto redondo.» ¡Cómo ha de ser! Hasta otro día.

IMP. DE LOS SRES. RUBIO Y ALCÁZAR.